

Jueces inicuos e ignorantes: a propósito del Teatro Romano de Sagunto

Alberto Campo Baeza

Y aquellos jueces condenaron a Adriano. Por atreverse a construir de nuevo el Panteón.

Cuenta la historia que, quemado el Panteón de Agripa en Roma, se le ocurrió a Adriano, por mor de su amor a los dioses, algo más que rehacerlo. O mejor dicho, rehacerlo en el sentido más profundo del término, con la hondura que, por encima de la erudición, provee la cultura. Pero en buena hora se le ocurrió hacer tal cosa al insensato emperador.

Aquellos jueces se reunieron, azuzados por perversos senadores y asesorados por conspicuos historiadores y arqueólogos. Y tramaron asechanzas. Decidieron los jueces que los restos del incendio, magnificados en su azuzada testa asesorada, habían sido esplendorosos. Y alabaron entonces la belleza del cadáver arquitectónico que el insensato de Adriano se había atrevido a resucitar. Había levantado a los dioses la más espléndida arquitectura jamás construida por los hombres. Y además, había utilizado materiales nuevos.

Y pensaba que el emperador, al igual que sus antecesores, lo que debía era construir basílicas para impartir justicia. Para los jueces. Y se sintieron injuriados ante la insultante belleza de la imponente mole adriana.

Pero aquellos jueces tenían las llaves de la ley. Y vive Dios que sabían cómo utilizarlas. No para abrir sino para impedir que nadie osara hollar los umbrales de su omnímodo poder. Con qué pedante erudición emitían dogmática opinión sobre todo de lo que no sabían casi nada. Eso sí, lo engarzaban siempre astutamente con el sedal de la letra de la ley. Y así todo lo hacían legal y bien legal. Aunque fuera inmoral y bien inmoral. O lo que es peor, injusto, fruto de la ignorancia. Y decidieron ensartar a Adriano.

El emperador, pleno de salomónica sabiduría se sumió en un elocuente silencio. Y pidió ayuda a los dioses. Y los dioses, en cuyo honor había Adriano levantado el hermosísimo templo, decidieron que debían actuar. Cronos, montado en cólera divina, agitó eficazmente las arenas de su reloj que fluyeron con velocidad inusitada. En un instante el tiempo pasó de tal manera que ya los jueces habían muerto, sin haberse ejecutado su inicua sentencia, y su memoria había caído ya en el olvido. Porque es de todos sabido, que de la mano del tiempo, la Justicia siempre prevalece a pesar de los jueces. Y el Panteón, siguió y sigue exultando su insultante belleza para gloria de los dioses y gozo de los hombres.

Pero aquellos jueces inicuos e ignorantes, se reprodujeron a lo largo de la Historia. Mala hierba nunca muere.

Y sus descendientes en Córdoba se asombraron al ver una ca-

tedral, hecha con nuevos materiales, levantada sobre el petrificado bosques de palmeras Omeya. Los jueces, imbuidos de sopladas ortodoxias, condenaron a Hernán Ruiz por atreverse a maridar la Mezquita con su fantástica Catedral. Poco más e incluyen en la sentencia al bueno de Abderrahman I, que había levantado la preciosa Mezquita sobre el visigótico templo de San Vicente. Rehaciéndolo con materiales nuevos.

Y sus descendientes en Granada, se quedaron pasmados al contemplar un palacio renacentista, hecho con nuevos materiales, alzándose sobre la llorada Alhambra. Los jueces, investidos de ínfulas nacionalistas, condenaron a Pedro Machuca por atreverse a implantar el increíble Palacio de Carlos V sobre el paraíso nazarí de La Alhambra. Y no incluyeron en su condena al manierista Giulio Romano porque todavía no había nacido un Tafuri para inventarse la presunta paternidad del italiano sobre la renaciente joya granadina.

Y pasaron muchas cosas más, algunas de ellas muy recientes, que no plasmamos aquí en aras de la prudencia.

Pero nunca llegaron a saber aquellos jueces inicuos e ignorantes, ni sus descendientes, que el tiempo, la Historia y la Justicia acabaron dándole la razón a Adriano, y a Hernán Ruiz, y a Machuca, y a los que, como ellos, espléndidos arquitectos donde los haya, construían para la Historia. Construían y construyen la misma Historia.

Y la serena catedral de Córdoba pregona orgullosa que sólo su construcción ha hecho posible la perfecta conservación de la impresionante mezquita, cuya suerte todavía envidian las ruinas sin rehacer de Medina Zahara.

Y el bellissimo Palacio de Carlos V en Granada, la más espléndida joya jamás construida en España, aparece hoy tan radiante que al ya nacido Tafuri no le basta la paternidad de Pedro Machuca y trata de adjudicársela a Giulio Romano, discípulo y amigo de Rafael.

Y el Panteón, orgullo de Roma y del mundo entero, sigue recibiendo al sol de cada mañana. El astro rey pasea cada día por su interior con su dorado manto, para disfrute de la humanidad que acude allí a contemplar el fastuoso espectáculo. A admirar el prodigioso edificio, levantado con nuevos materiales por el emperador Adriano, aquél a quien condenaron los jueces. Y sienten allí los hombres cada día, la tremenda emoción que sólo es capaz de producir la más bella de las Bellas Artes: la Arquitectura.

Alberto Campo Baeza es arquitecto, catedrático de la Escuela T.S. de Arquitectura de Madrid.

And the judges condemned Hadrian. Because he dared to rebuild the Pantheon.

The story goes that, when in Rome Agrippa's Pantheon burned, Hadrian, because of the love he felt for the gods, thought of doing something more than just rebuild it. Or, should we say, rebuild it in the deepest sense of the term, with the depth provided by culture beyond and above erudition. But it was a bad time for the emperor, in his folly, to think of doing such a thing.

The judges got together, incited by perverse senators and assessed by conspicuous historians and archaeologists. And they plotted ambushes. The judges decided that the remains of the fire, magnified in their stirred-up heads, had been splendid. And they then praised the beauty of the architectural corpse which Hadrian had dared to revive. He had erected to the gods the most splendid architecture ever built by man. And furthermore, he had used new materials.

They thought that the emperor, like his predecessors, should be building basilicas to impart justice. For the judges. And they felt offended by the insulting beauty of Hadrian's imposing mass.

But the judges had the keys of the law. And God knows they knew how to use them. Not to open, but to prevent anyone from daring to trample the thresholds of their all-embracing power. With what pedantic erudition did they pronounce dogmatic opinion on things about which they knew little. They did however string everything astutely with the thread of the letter of the law. And so everything was properly legal. Even if it was properly immoral. Or, what is worse, unjust, the fruit of ignorance. And they decided to string up Hadrian. The emperor, full of Solomonic wisdom, sank into an eloquent silence. And he asked the gods for help. And the gods, in whose honor Hadrian had erected the beautiful temple, decided that they had to act. Chronos, flying into a divine temper, efficiently stirred up the sands of his clock, and these flowed with unusual speed. In an instant time passed so quickly that the judges had died without having executed their iniquitous sentence, and their memory had already been forgotten. Because it is common knowledge that with the passage of time, Justice always prevails in spite of the judges. And the Pantheon continued and continues exulting its insulting beauty to the glory of the gods and the delight of man. But those iniquitous and ignorant judges reproduced themselves throughout History. Ill weeds grow apace. And their descendants in Córdoba were astonished to see a

cathedral, made with new materials, erected on the petrified palm forest of Omeya. The judges, imbued with conceited orthodoxies, condemned Hernán Ruiz because he dared to join the Mosque to its fantastic Cathedral. They almost included in the sentence the good Abderrahman I, who had erected the beautiful Mosque on the Visigothic temple of San Vicente. And he rebuilt it with new materials.

And his descendants in Granada were astounded when they saw a Renaissance palace, made with new materials, being built on the beloved Alhambra. The judges, invested in nationalist pretensions, condemned Pedro Machuca because he dared to implant the incredible Palace of Charles V on the Moorish paradise of the Alhambra. And they did not include in their condemnation the Mannerist Giulio Romano because no Tafuri had yet been born to invent the Italian's presumed paternity of the Renaissance jewel of Granada.

And many other things happened, some of them very recent, which we do not record here out of prudence.

But those iniquitous and ignorant judges, or their descendants, never knew that time, History and Justice finally sided with Hadrian, Hernán Ruiz and Machuca and all those other splendid architects who, like them, built for History. They built and are still building the same History.

And the serene Córdoba cathedral proudly proclaims that only its construction has made it possible to perfectly conserve the imposing mosque, whose good fortune is still envied by the ruins of Medina Zahara.

And the beautiful Palace of Charles V in Granada, the most splendid jewel ever built in Spain, today appears so radiant that the by now born Tafuri does not have enough with Pedro Machuca's paternity and attempts to attribute it to Giulio Romano, disciple and friend of Raphael.

And the Pantheon, pride of Rome and of the entire world, still basks in the sun each morning. Each day the fiery star spreads its golden mantle through the interior of the temple, for the enjoyment of the people who flock to contemplate the splendid sight. To admire the prodigious building, erected with new materials by the emperor Hadrian, he who was condemned by the judges. And there, each day, men and women feel the tremendous emotion which can only be produced by the finest of the Fine Arts: Architecture.

Alberto Campo Baeza is an architect and lectures at the T.S. School of Architecture of Madrid.